

La familia y la escuela en la educación para la imagen

Lolo Rico

Con el jugoso estilo que le caracteriza, la autora de este artículo nos hace una seria reflexión sobre el papel de la televisión en los hogares de esta sociedad postindustrializada que nos ha tocado vivir. La televisión se ha convertido en el altar de una nueva religión, siendo los niños y jóvenes sus principales adeptos. Desde la familia -con limitaciones insalvables puestas por la propia sociedad- y sobre todo desde la escuela, es necesario ofrecer alternativas y propuestas para un visionado más crítico y creativo. En ello se sumerge Lolo Rico.

La televisión hoy forma parte del mobiliario de todos los hogares. Sin embargo, no se trata de un mueble más, si así fuere sería fácil prescindir de ella o relegarla a un segundo lugar. No, lamentablemente la televisión se ha convertido en el centro de la familia y se alza en el cuarto de estar como si se tratara de un altar ante el que todos nos inclináramos para pedirle dones o entregarle nuestras ofrendas. Incluso, son muchas las casas en las que no hay sólo un altar. Viendo hace poco los datos de una encuesta realizada en un instituto con 600 niños, me sentía descorazonada porque a cada niño le correspondían 2,7 televisores, muchos de ellos en sus dormitorios, sin ningún tipo de control. De esta forma se fomenta la teleadición y la televisión no sólo ocupa el centro de la casa, sino también el de la vida de los niños y los adolescentes. Me atrevería a decir que para éstos la imagen está resultando más real que la realidad misma. La consecuencia es que los pequeños telespectadores -igualmente

los jóvenes- viven inmersos en la realidad televisiva, alejados de la realidad real. No es necesario decir que lo que he llamado la realidad televisiva está manipulada. No podemos creer -aunque lo anuncie alguna de nuestras cadenas- que lo que nos ofrecen como realidad objetiva lo sea verdaderamente. La realidad objetiva se altera al ser captada por una cámara. También cambia substancialmente cuando la grabación se emite a través de la pequeña pantalla.

Los que nos hemos dedicado al medio solemos alardear como si hubiéramos inventado la propia imagen. No obstante, lo único que hacemos es reproducirla, en el caso de la televisión, en el soporte vídeo. Naturalmente, intentamos aportar -cuando nos dejan- nuestro estilo y talante fundamentado en nuestro particular enfoque del mundo y de la vida. En cualquier caso, cuando se afirma que un programa reproduce exactamente la realidad, hay que sospechar que el telespectador puede

estar siendo manipulado. Como ejemplo, me referiré a la serie «Cops», traída de Estados Unidos por Antena 3. En ella se introducen cámaras dentro de coches policiales para realizar su seguimiento nocturno. El efecto es de sumo realismo, pero el resultado no lo es tanto. ¿Podemos creer que la policía actuará de la misma manera cuando sabe que nadie la observa, que cuando conoce que se está grabando su actuación y que más tarde se emitirá? A los mismos policías se les graba también en la comisaría cuando conversan con jefes y compañeros y, para llevarnos a una situación límite, las cámaras penetran en sus hogares. Lo que se ha logrado, no ha sido ofrecer al espectador la auténtica actuación policial, sino convertir en actores a los policías. Algo parecido

sucede con los *reality-show*: tanto las personas que acuden a un plató de televisión solicitando ayuda para encontrar a un familiar, como aquéllas que relatan hechos dramáticos de los que han sido protagonistas, están alterando su comportamiento habitual, su propia realidad para adaptarse a las necesidades del medio, convirtiéndose como los policías, en actores que dramatizan una situación determinada.

Volviendo al principio de este artículo, lo grave no es que la televisión forme parte de nuestro entorno, sino que éste sea succionado, vampirizado, por ella y los espectadores nos convirtamos en triviales comparsas de la realidad televisiva. Siendo así, no puede extrañarnos que los más jóvenes lleguen a vivir de forma más intensa lo que les ofrece el televisor, que lo que ocurre a su alrededor. No me estoy refiriendo a las lógicas dificultades que entraña para los menores separar la realidad de la ficción, ni a cómo la frecuencia con que

llegan las imágenes hacen difícil su decodificación. Me refiero a una cuestión de contenidos: al ser un elemento de poder tan fuerte como la televisión, el cauce a través del cual nos llega la realidad debidamente manipulada, el proyecto de vida de cualquier adolescente pasa por la pequeña pantalla que invalida las posibilidades de comprometerse con la realidad objetiva.

Indudablemente los padres son los responsables de lo que ven sus hijos, así como del tiempo que permanecen ante el televisor. Haciendo un cálculo *a grosso modo* se puede afirmar que sumando las horas diarias que los niños y los jóvenes dedican a estar frente a la pequeña pantalla, tendríamos lo equivalente a un mes y medio al año, durante el que recibirán unos diez mil spots publicitarios e in-

contables escenas de violencia, sin referirnos a la estupidez que destilan la mayoría de los programas. En estos 45 días anuales los pequeños telespectadores viven en otro mundo, en un lugar ajeno no ya a su vida cotidiana, sino a la realidad real que se convierte un *show* -espectáculo-. Aún siendo así no me es posible juzgar a los padres sin caer en una cierta contradicción puesto que la situación laboral de tantos cabezas de familia es dura y competitiva. Tampoco las madres, al menos en las grandes urbes, escapan de las dificultades que trae consigo trabajar fuera de casa. En consecuencia se condena a los niños a la soledad, pero ¿es evitable? La precariedad de los contratos obliga a que las jornadas de trabajo se prolonguen indefinidamente y que al regresar a casa se carezca del humor suficiente para conversar y contar cuentos e historias, aun siendo imprescindibles para la transmisión del lenguaje y la cultura familiar. No pretendo

Es fácil ver la imagen en una primera lectura, sin más complicaciones que seguir una acción o interpretar un argumento, pero es más difícil saber criticarla y enjuiciarla tras el análisis y la reflexión. En estos aspectos el cometido de los educadores es también insustituible.

eximir a los progenitores de sus obligaciones, pero sí juzgarlos con indulgencia. Y desde ella aconsejarles algunas cuestiones puntuales que, desde mi punto de vista, son importantes:

- Conviene seleccionar los programas que van a ver los niños y hacerlo con ellos para que puedan participar dando su opinión y expresando sus deseos.

Me preguntan a veces cuánto tiempo pueden ver los pequeños la televisión y suelo contestar que no es tanto cuestión de tiempo como de programación. La televisión se debe ver cuando no hay nada mejor que hacer y el programa interesa verdaderamente. Tanto los niños como los adultos deberíamos tener numerosas actividades para llenar nuestro ocio: amigos, cine, lectura, deporte, juegos, algún *hobby*... serían suficientes elementos para distraernos en nuestro tiempo libre. La dificultad estriba en definir que programas nos interesan y acertar en la elección.

Lo ideal sería ver la televisión con los niños pero, si no es posible, al menos se debe conocer lo que ven. No parece tan difícil visionar un episodio de sus series preferidas para estar al tanto de los contenidos.

Sólo si sabemos lo que los niños están viendo podremos dialogar sobre ello para convertir en valores los muchos contravalores que nos envía la televisión.

Por último, conviene aclarar a niños y a adolescentes para qué sí sirve y para qué no sirve la televisión. Se trata de un medio de entretenimiento barato y cómodo puesto que lo tenemos en nuestro propio hogar. Sirve, pues, para distraer pero no sirve como compañía, para solucionar problemas o para proporcionar afecto.

Sin liberar a los padres de su irremplazable

responsabilidad no podemos olvidar que existe la escuela y que debe tener un importante cometido en la enseñanza de la imagen. Porque es fácil ver imagen en una primera lectura, sin más complicaciones que seguir una acción o interpretar un argumento, pero es más difícil saber criticarla y enjuiciarla tras el análisis y la reflexión. En estos aspectos el cometido de los educadores es también insustituible. He obser-

vado, no sin asombro, que son numerosos los colegios en los que varios días a la semana distraen a los niños, especialmente a los más pequeños, con películas de vídeo, sin hacerles ningún comentario, sin un seguimiento de las dificultades que su comprensión ha entrañado para ellos, ni de los efectos psicológicos del film; sin diálogo, en definitiva. Es lamentable que se pierda, por comodidad y negligencia, la oportunidad de enseñar a leer imágenes para que los pequeños espectadores no caigan en la teleadicción, en la realidad televisiva o en la indiferencia para juzgar los contenidos, sin más motivación que dejarse

llevar de los sentimientos y las emociones. Se debería intentar que cada niño que se sitúe ante al televisor llegue a convertirse en un espectador reflexivo y crítico que es lo que yo considero un buen telespectador. Porque no lo es quién ve indiscriminadamente todo lo que le ofrece la pequeña pantalla, sino quién sabe lo que está viendo y es capaz de reflexionar críticamente sobre ello.

Mientras las diferentes cadenas de televisión no nos ofrezcan algo mejor que lo que vemos actualmente, mientras se fomente la ignorancia desde la pequeña pantalla, mientras se ofrezca un lenguaje de notable pobreza y mala construcción, mientras aleje del libro llenando la cabeza de imágenes y ocupando todo el tiempo disponible, la televisión será

De esta forma se fomenta la teleadicción y la televisión no sólo ocupa el centro de la casa, sino también el de la vida de los niños y los adolescentes. Me atrevería a decir que para éstos la imagen está resultando más real que la realidad misma.

enemiga de la escuela, que deberá contrarrestarla enseñando a ver imagen. Es imposible hacer en tan breve espacio un programa detallado por lo que me limitaré a ofrecer algunos consejos:

- Se puede y se debe visionar programas, capítulos de serie, telefilms o películas de las que habitualmente vemos en pantalla siempre que participen los profesores y dialoguen sobre los contenidos.

Se deberán realizar análisis elementales como:

- Solicitar de los alumnos que narren, verbalmente o por escrito, el argumento de aquellas series o películas que suelen ver habitualmente.

- Centrar la acción de dichos programas tanto geográfica como históricamente, situándolos en la realidad real.

- Realizar la descripción y posterior análisis de los personajes detectando sexismo, racismo u otros elementos de distorsión.

- Comentar con la clase los aspectos positivos y negativos del programa en cuestión haciendo hincapié en la violencia gratuita y en

la violación de los derechos humanos.

No parece probable que las televisiones alteren su línea de programación para proporcionarnos otra más creativa y sana. En breve plazo llegará a nuestros hogares la televisión por cable, el sistema mixto, la interactiva, y quién sabe si la tridimensional. Estamos próximos a disponer de la televisión a la carta *-pay-per-view-*. Naturalmente tendrán mayores ventajas -podrán seleccionar más elementos para obtener más calidad- aquéllos que tengan disponibilidad económica para suscribirse a los canales que les inspire mayor confianza. Aun así la realidad televisiva podrá usurpar la autenticidad de la realidad real. Para evitar que la vida se convierta exclusivamente en imagen y que ésta sea destructiva es necesario educar para la imagen. Si el futuro pertenece a los multimedia nosotros debemos saber utilizarlos.

Lolo Rico Oliver es escritora y analista televisiva y ha trabajado como directora de programas infantiles y juveniles de televisión.